

· HERMANOS GRIMM ·

HANSEL Y GRETEL

ILUSTRADO POR LEICIA GOTLIBOWSKI

BUENOS AIRES EDUCACIÓN

BA

PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Gobernador

Dn. Daniel Scioli

Vicegobernador

Lic. Gabriel Mariotto

Directora General de Cultura y Educación

Dra. Silvina Gvirtz

Vicepresidenta Segunda del Consejo General de Cultura y Educación

Prof. Jorgelina Fittipaldi

Subsecretario de Gestión Educativa

Lic. Leonardo Biondi

Subsecretaria de Educación

Mg. Claudia Bracchi

Directora Provincial de Educación Inicial

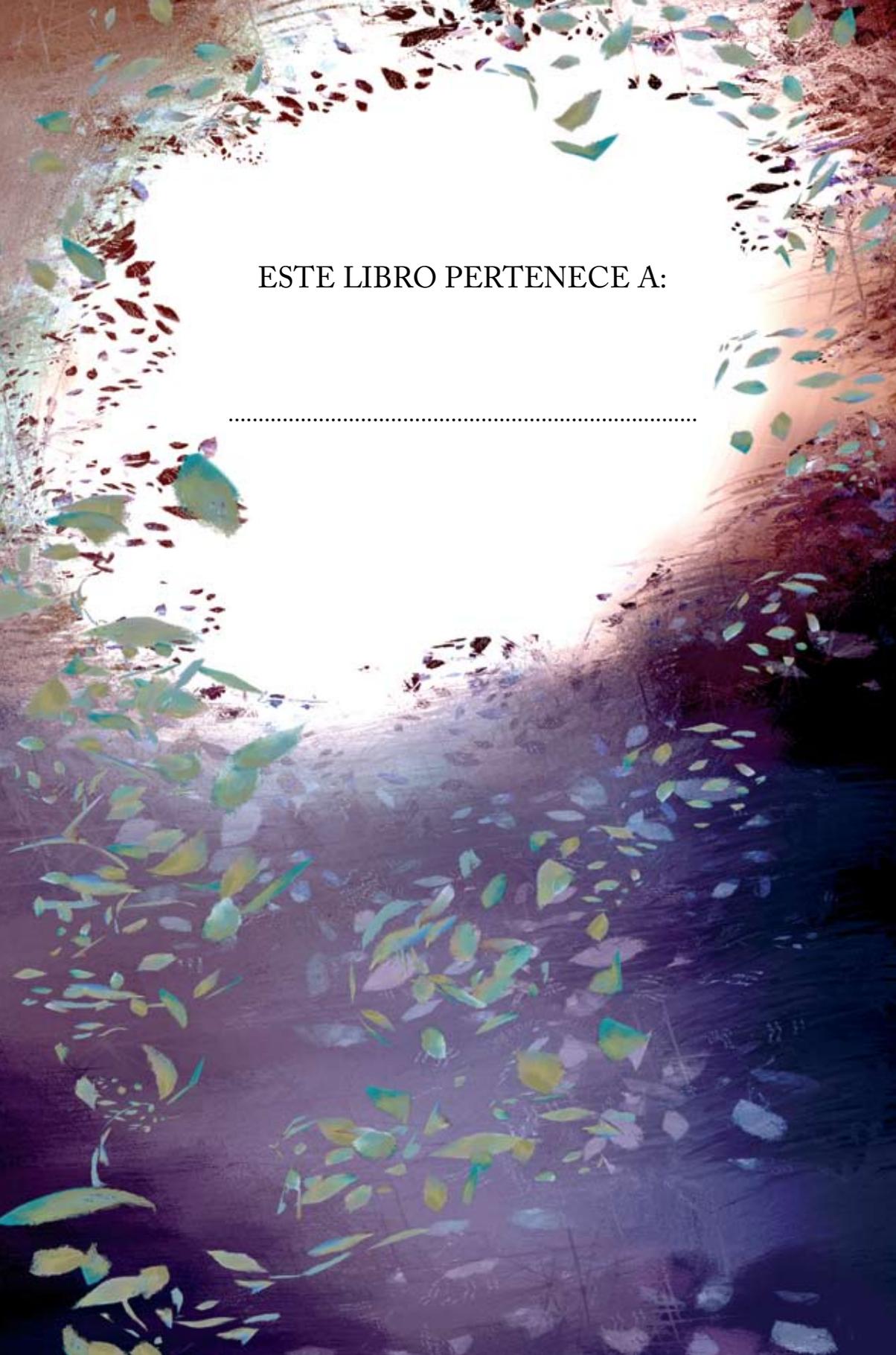
Prof. Adriana Corral

Directora Provincial de Educación Primaria

Lic. Romina Campopiano

Directora de Educación Especial

Prof. Marta Vogliotti



ESTE LIBRO PERTENECE A:

PRÓLOGO

Los hermanos Jacobo y Guillermo Grimm nacieron y vivieron en Alemania entre 1785 y 1860. Bibliotecarios y estudiosos del folklore, escribieron también un diccionario y algunos estudios sobre la lengua alemana, pero se hicieron famosos por una colección muy popular que se conoce como *Cuentos de hadas de los hermanos Grimm*.

Estos cuentos, que son más de 200, se difundieron y leyeron en todo el mundo y en todos los idiomas. Por ejemplo, “Blancanieves”, “La Cenicienta”, “La bella durmiente”, “La fuente de las hadas” y “Juan sin miedo” son títulos que probablemente ustedes han escuchado o alguna vez alguien les leyó.

Los chicos de todo el mundo disfrutaron estos cuentos por generaciones y en todas las culturas, y por lo menos desde que Walt Disney hace 80 años los llevó a las historietas y el cine, se popularizaron en muchas disciplinas: el teatro, la ópera, la pintura, la publicidad y la moda.

Los adultos que editamos este libro para vos, esperamos que esta historia también te fascine.

MEMPO GIARDINELLI



HANSEL Y GRETTEL

En el borde de un bosque inmenso, vivía un pobre leñador con su mujer y sus dos hijos. El niño se llamaba Hansel y la pequeña, Gretel. El padre trabajaba de la mañana a la noche pero el dinero nunca alcanzaba. Apenas tenían con qué matar el hambre y llegó un día en que el padre ni siquiera pudo ganar lo suficiente para llevar a la casa un pedazo de pan.



Una noche, afligido por sus pensamientos y dando vueltas en la cama, suspiró y dijo a su mujer:

-¿Qué va a ser de nosotros? ¿Cómo podemos alimentar a los niños, si no tenemos siquiera un centavo?

-¿Sabes qué? -respondió la mujer-. Mañana, muy temprano, los llevaremos al bosque, les encenderemos allí un fuego y, dándole un pedacito de pan a cada uno, los dejaremos solos. Como no podrán encontrar el camino de vuelta, quedaremos libres de ellos.

-No, yo no haré tal cosa -replicó el hombre-. Mi corazón no podrá soportar el remordimiento de abandonar a mis hijos solos en el bosque; pronto vendrían las fieras y los harían pedazos.

-Está bien -dijo ella-, entonces tendremos que morir de hambre los cuatro. Dejándolos en el bosque es posible que alguien se apiade de ellos y los recoja.

Y no lo dejó en paz hasta que accedió.

-¡Me da pena por los pobres niños! -dijo él en voz baja.





Los pequeños escucharon lo que la madrastra había dicho al padre. Gretel derramó amargas lágrimas y dijo a Hansel:

-Estamos perdidos.

-¡No tengas miedo! A mi lado nada te pasará -respondió Hansel.

Y así, mientras los mayores dormían, Hansel se levantó, se puso su chaqueta, abrió la puerta y salió sigilosamente. La luna lucía muy clara y los guijarros que había delante de la casa resplandecían como monedas.

Agachándose, recogió tantos como cabían en sus bolsillos. Al regresar, dijo a Gretel:

-Ten confianza, hermanita, y duerme tranquila.

Y volvió a la cama.



Al amanecer, antes de que subiera el sol, vino la mujer y despertó a ambos niños.

–¡Arriba perezosos! –dijo–, iremos al bosque a buscar leña.

Y dando a cada uno un pedacito de pan, agregó:

–Aquí tienen algo para almorzar. Les advierto: no lo coman antes de la hora del almuerzo porque más no recibirán.

Gretel guardó todo el pan bajo su delantal porque Hansel tenía los bolsillos llenos de piedras. Enseguida todos se encaminaron hacia el bosque.



Mientras caminaban, Hansel se detenía para mirar hacia la casa una y otra vez.

El padre le dijo:

-Hansel, ¿qué es lo que miras y por qué te quedas atrás?
Apura el paso.

-Ay, padre -respondió Hansel-, estoy mirando a mi gatito blanco, que está sobre el tejado y quiere decirme adiós.

-Tonto -le dijo la mujer-, ese no es tu gatito sino el sol de la mañana que ilumina la chimenea.

Sin embargo, Hansel no se había vuelto cada vez para mirar a su gatito sino para echar en el camino los brillantes guijarros que llevaba en los bolsillos.



Cuando llegaron a lo más profundo del bosque, dijo el padre:

-Ahora, hijos míos, recojan unas ramas. Encenderé una hoguera para que no sientan frío.

Hansel y Gretel juntaron leña y formaron un montoncito. Cuando lo encendieron y las llamas tuvieron cierta altura, habló la mujer:

-Quédense junto al fuego mientras nosotros vamos por el bosque a cortar leña. Cuando terminemos, regresaremos a buscarlos.



Hansel y Gretel se sentaron junto al fuego y cuando llegó el mediodía comieron cada uno su pedacito de pan. Creían escuchar los golpes del hacha de su padre. Pero no era el hacha lo que sonaba, sino una gruesa rama que el viento agitaba contra un árbol seco.

Después de estar largo tiempo sin moverse, como los ojos se les cerraban de cansancio, se durmieron profundamente. Cuando se despertaron, ya era entrada la noche.

–¿Cómo vamos a salir ahora de este bosque? –dijo Gretel, echándose a llorar.

–Espera hasta que salga la luna, ya encontraremos entonces el camino –la consoló su hermano.

Y cuando salió la luna llena, Hansel tomó a la pequeña de la mano y siguió el camino marcado por los guijarros, que resplandecían a la luz de la luna como monedas recién acuñadas, mostrándoles el camino.



Caminaron durante toda la noche y al amanecer llegaron a la casa de su padre.

La mujer dijo:

–¡Malcriados! ¿Cómo pudieron dormir tanto tiempo?
Creímos que nunca más iban a volver.

El padre, al verlos, sintió verdadera alegría, pues su corazón le pesaba por haberlos abandonado.



Poco después, volvió a reinar la miseria en todas partes. Una noche, los niños escucharon cómo la mujer hablaba nuevamente con el padre.

-Ya no tenemos qué comer; sólo nos queda la mitad de un pan. ¡Tenemos que librarnos de los niños! Los conduciremos aún más adentro del bosque para que no puedan encontrar de nuevo la salida. De otro modo, no habrá salvación para nosotros.

Al hombre se le contrajo el corazón y pensó: “Mejor sería repartir el último bocado con tus hijos.” Pero la mujer no quiso oír ninguna de sus razones. Por el contrario, riñéndole y haciéndole reproches, le dijo que debía ser consecuente y que, puesto que había cedido la primera vez, tenía que ceder la segunda.



Los niños, que habían permanecido despiertos, escucharon esta conversación.

Cuando los padres dormían, Hansel se levantó y quiso salir a recoger guijarros como la vez anterior, pero la mujer había cerrado la puerta con llave y no pudo hacerlo.

Afligido, volvió a la cama y consoló a su hermanita:

-No llores, Gretel -le dijo-, y duerme tranquila.





Por la mañana temprano, la mujer sacó a los niños de la cama y les dio sus pedacitos de pan, que esta vez eran aún más pequeños.

En el camino hacia el bosque, Hansel desmenuzó el suyo dentro de su bolsillo y de vez en cuando se detuvo para echar migas al suelo.

-¿Por qué te detienes y vuelves la cabeza? -le preguntó el padre-. Sigue tu camino.

-Miro mi palomita que está en el techo y quiere decirme adiós -contestó Hansel.

-Tonto -le dijo la mujer-, esa no es tu palomita sino el sol de la mañana que ilumina la chimenea.

Sin embargo, Hansel logró echar todas las migas en el camino antes de llegar hasta lo más profundo del bosque.



Nuevamente, la mujer encendió una fogata y dijo:

–Quédense aquí y, si tienen sueño, pueden dormir un poco. Nosotros iremos a cortar leña. Por la tarde, vendremos a buscarlos.

Cuando llegó el mediodía, Gretel repartió su pan con Hansel, que había esparcido el suyo por el camino.

Pasó la tarde... Cayó la noche y nadie vino a buscarlos. Hansel volvió a consolar a su pequeña hermana:

–Espera, Gretel –le dijo–, a que salga la luna; entonces veremos las migas de pan y ellas nos mostrarán el camino hacia casa.





Al salir la luna se pusieron en marcha. Buscaron las migas, mas no hallaron ninguna pues las bandadas de pájaros se las habían comido.

-Ya encontraremos el camino -dijo Hansel.

Pero no lo encontraron. Caminaron toda la noche y aún todo el día siguiente sin poder salir del bosque. Al caer el sol del segundo día, estaban tan cansados y hambrientos que se echaron bajo un árbol y se durmieron.



A la tercera mañana el bosque se fue haciendo cada vez más espeso. Los niños sentían que estaban muy cerca de la muerte.

Hacia el mediodía, vieron un hermoso pajarito, blanco como la nieve, posado en una rama. Cantaba tan melodiosamente que se pararon a escucharlo.

Cuando el pájaro terminó su trino, agitó las alas y voló hacia ellos; siguiéndole, llegaron a una casita.

El pajarito se posó en el techo y cuando ellos se aproximaron, vieron que la casita estaba construida con galletitas y que su techo era de tarta. Las ventanas eran de resplandeciente caramelo.



Hansel extendió la mano y quebró un trocito del techo y Gretel, acercándose a los cristales, dio un mordisco. Entonces, se oyó una débil voz desde el interior:

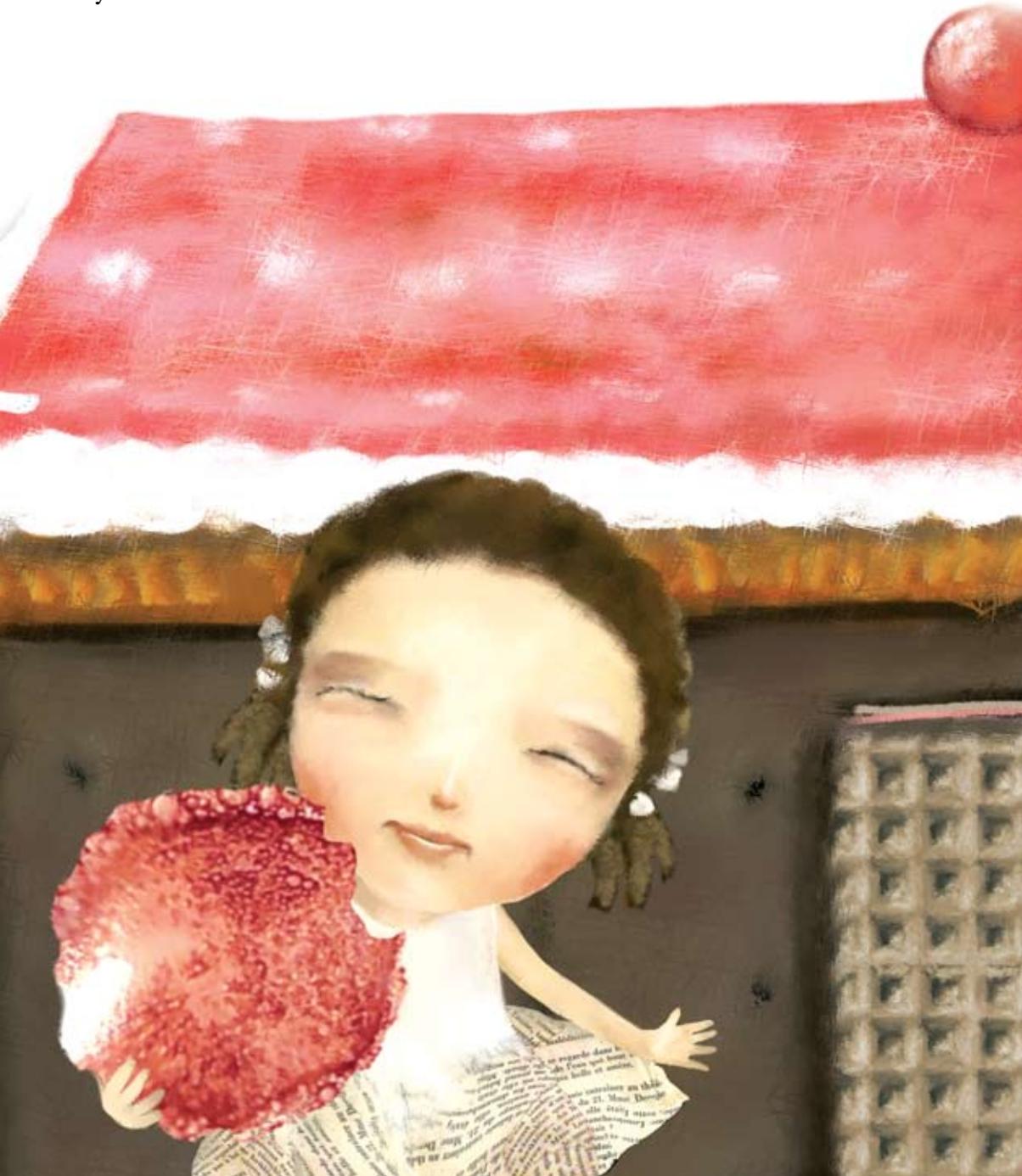
*-¿Quién roe mi casita
como una ardillita?*

Los niños respondieron:

*-La brisa, la brisa,
que del cielo es la hija.*



Y siguieron comiendo sin inquietarse. Hansel, a quien el techo le había gustado mucho, desprendió un gran pedazo, y Gretel, que había sacado todo un panel redondo de la ventana, se sentó y dio buena cuenta de él.



De pronto, se abrió la puerta y una mujer vieja como el tiempo, apoyándose en una muleta, salió lenta y penosamente.

Hansel y Gretel tuvieron tal susto que dejaron caer lo que tenían en las manos.



La anciana meneó dulcemente la cabeza y dijo:

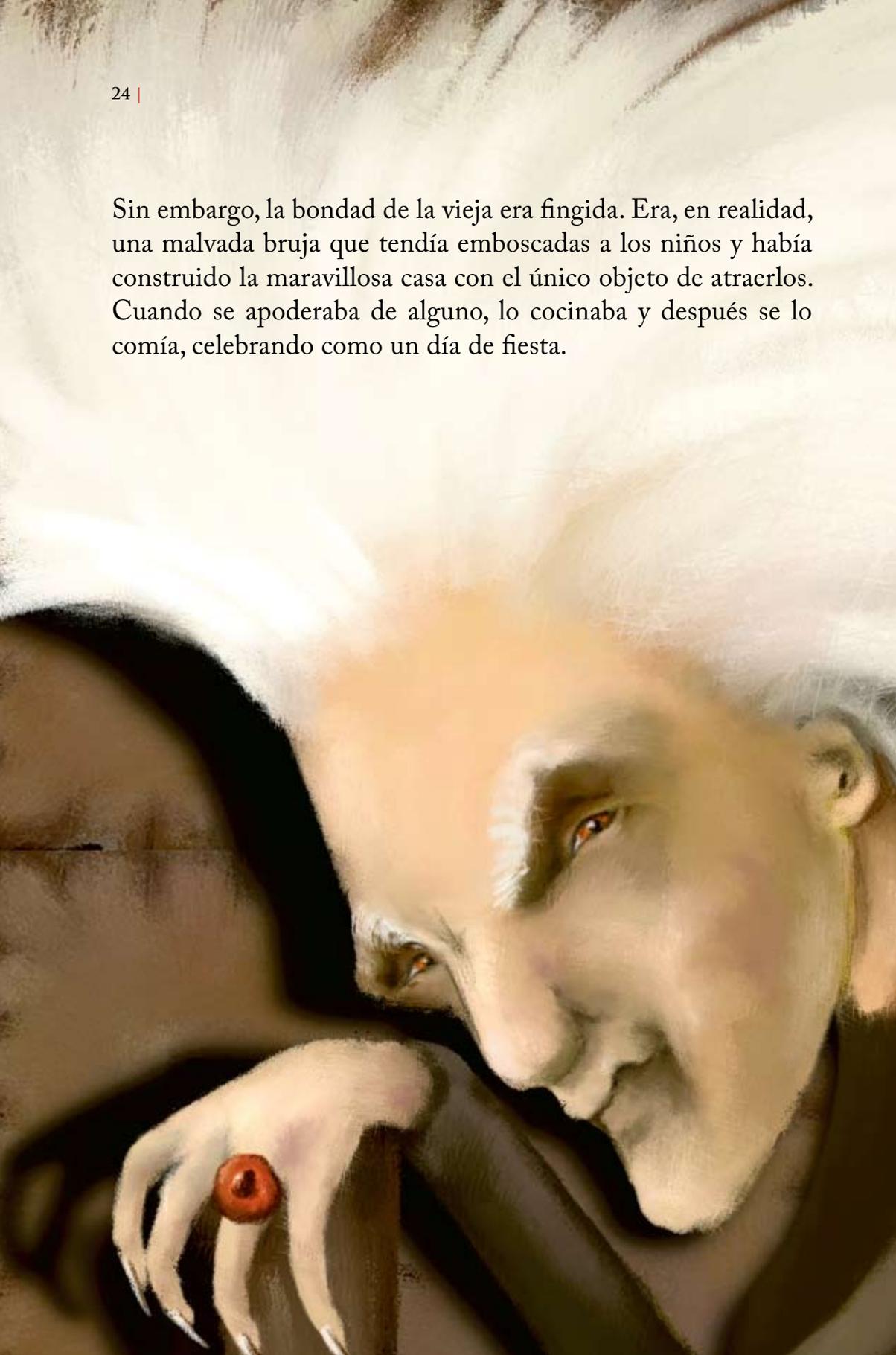
–¡Uy, queridos niños! ¿Quién los ha traído hasta aquí?
Entren sin cuidado y quédense en mi casa, aquí estarán
a salvo.

Tomó a los dos de las manos y los introdujo en la casita, donde
les sirvió leche y pastelitos con azúcar, manzanas y nueces.

Después de comer, al encontrar preparadas dos cómodas camitas,
Hansel y Gretel se echaron en ellas, creyendo estar en el cielo.



Sin embargo, la bondad de la vieja era fingida. Era, en realidad, una malvada bruja que tendía emboscadas a los niños y había construido la maravillosa casa con el único objeto de atraerlos. Cuando se apoderaba de alguno, lo cocinaba y después se lo comía, celebrando como un día de fiesta.



Las brujas tienen los ojos rojos y son cortas de vista pero, como los animales del bosque, tienen buen olfato. Cuando Hansel y Gretel se aproximaron a la casita, la vieja olió su bocado y riéndose socarronamente, pensó: “Ya están en mis manos; no podrán escaparse”.

Muy temprano por la mañana se levantó y al ver que los niños dormían plácidamente con sus rosadas mejillas redondas, murmuró: “¡Qué rico bocado será éste!”

Entonces tomó a Hansel con su huesuda mano y, llevándoselo a un pequeño corral, lo encerró tras una puerta de reja.

Por mucho que el pequeño gritó, no le sirvió de nada.

Después, fue a despertar a Gretel, y sacudiéndola, gritó:

–¡Levántate, perezosa! Busca agua y cocina algo rico para tu hermano. Está en el corral y debe engordar. Cuando esté bien gordo me lo comeré.

Gretel se puso a llorar amargamente, pero tuvo que hacer lo que la malvada bruja le exigía.

A partir de entonces, se preparaban los mejores platos para Hansel mientras Gretel sólo recibía las sobras.



Cada mañana, la vieja iba al corral y llamaba:

-Hansel, muéstrame tu dedito, quiero comprobar si estás gordito.

Hansel le pasaba un huesecillo de pollo a través de la reja y la vieja, con sus ojos opacos, incapaz de distinguirlo, creía que era el dedo de Hansel y se asombraba de que el niño no engordara.



Después de cuatro semanas, como Hansel continuaba flaco, presa ya de impaciencia, la bruja no quiso esperar más.

-¡Eh, Gretel! -llamó-. Rápido, trae agua. Gordo o flaco, mañana cocinaré a Hansel y me lo devoraré.

¡Ah, cuánto se lamentó la pobre hermanita y cómo corrían las lágrimas por sus mejillas!

-Ahorra tantos lloriqueos -la increpó la vieja-; ya he encendido el fuego del horno. Primero vamos a hacer el pan que ya tengo la masa lista.

Y empujando a la pobre Gretel hacia el horno, agregó:

-Métete dentro y mira si está lo bastante caliente.



Apenas estuviera adentro, la malvada bruja cerraría el horno para que Gretel se asara y entonces se la comería a ella también. Por fortuna, la niña advirtió sus intenciones y dijo:

-No sé cómo hacerlo ¿Cómo podría entrar allí?

-¡Niña tonta! -exclamó la vieja-. La abertura es bastante grande. Mira, hasta yo misma podría entrar.

Y, aproximándose, metió su cabeza dentro de la boca del horno.

Entonces, Gretel, dándole un empujón, la lanzó muy al fondo, cerró la puerta de hierro, echó el pestillo y se alejó corriendo.





La niña corrió en busca de su hermano y, abriendo el corral, exclamó:

-¡Hansel, estamos salvados! ¡La vieja bruja ha muerto!

El pequeño salió de un salto como un pájaro al que se le abre la jaula.

¡De qué manera se alegraron! ¡Y cómo se abrazaron!



Y puesto que ya nada tenían que temer, entraron en la casa de la bruja y hallaron en todos los rincones cofres llenos de perlas y piedras preciosas. Hansel metió en sus bolsillos todo lo que cabía.

-Yo también quiero llevar algo a casa -dijo Gretel, y formando con su delantal una bolsa, la llenó.

-Ahora marchémonos de aquí -propuso Hansel-, salgamos de este bosque embrujado.

Después de caminar unas horas, el bosque fue pareciéndoles cada vez más conocido, hasta que al fin, desde lejos, divisaron la casa paterna. Entonces, echaron a correr y saltaron a los brazos de su padre.

El hombre no había vivido ni una hora de alegría desde el instante en que dejara a sus hijos en el bosque. Entre tanto, la mujer había muerto.

Gretel sacudió su delantal, de modo que las perlas y las piedras preciosas saltaron por toda la habitación, y Hansel, sacando de su bolsillo un puñado tras otro, añadía más al tesoro.

Así concluyeron sus preocupaciones y todos vivieron juntos y felices para siempre.



